

funcionarios del Estado, sino funcionarios populares, que no reconocían soberanía en el gobierno, sino en las corporaciones electorales.

En su consecuencia, cualquier golpe de mano que se diera contra los jacobinos, por muy feliz que fuese el éxito que lo coronara, debía ser completamente inútil mientras no existiera un poder público que, dotado de mucha fuerza y de amplios derechos, pusiera término a la anarquía en la cual tenía echadas sus raíces el jacobinismo. Ahora bien, el que hubiese querido crear tal poder público habría cometido, a los ojos de Lafayette y a los de sus amigos, una violación constitucional patente, y con esto dicho queda cuán desesperados é impotentes fueron sus planes. Cuando Lafayette, en 30 de junio, salió de París, su nueva provocación solo pudo exacerbar a los jacobinos, sin producir ningún bien y contribuyendo a perjudicar la causa que quería defender.

En 3 de julio comenzó ya en la Asamblea la lucha abierta contra el rey y la monarquía. Vergniaud, el orador más elocuente de la Gironda, la inició con una larga proposición que la posteridad no puede dar al olvido: sus contemporáneos la admiraron como una obra maestra de elocuencia parlamentaria, y considerada en la forma lo era en efecto; pero examinada en el fondo, significaba un crimen político, crimen que el orador y todo su partido pagaron en el cadalso. El sentido de aquel largo discurso (1) podía resumirse en las siguientes palabras: La patria está en peligro y el peligro de la patria está en el rey.

Pedro Victoriano Vergniaud, que había nacido en Limoges en 31 de mayo de 1753 (2), contaba a la sazón 39 años. Había comenzado, como abogado, su carrera en el parlamento de Burdeos, demostrando muy pronto aquel conjunto de cualidades que hacen la felicidad del orador. Poseía en alto grado lo que se llama una dicción brillante, una hermosa voz, una deliciosa mímica, y no hablaba sino después de una completa preparación. Todos sus períodos oratorios estaban perfectamente meditados, sus palabras calculadas para el éxito, y cuando faltaba la fuerza de los fundamentos reales, abundaba la invocación al sentimiento, arma infalible del abogado. Demasiado distinguido para ser demagogo callejero ó agitador de club, demasiado amigo de las comodidades, demasiado perezoso y caprichoso para jefe de partido, cuya misión es concertar planes, repartir papeles y mantener unidos a los que le siguen, ora por la disciplina, ora por el sacrificio de las propias opiniones, era el orador académico de un partido que solo contaba en su seno oradores y escritores pero ningún hombre de acción.

El que leyendo su discurso se ponga en el lugar de aquel a quien se refería y que no podía defenderse, quedará espantado ante una dialéctica que todo lo demuestra, tratando como hecho real cualquier suposición y aun invención del odio de partido y sacando de ella sus consecuencias para demostrar la culpabilidad del acusado. Pero Vergniaud no se contentaba con hacer al rey responsable de los males de la anarquía, de la desgracia de las armas francesas y de todo cuanto hacían, al parecer en su nombre, los emigrados, los sacerdotes, los austriacos y los prusianos, sino que también puso en su boca un discurso de defensa en el cual le hacía confesar todo esto, disculpándose únicamente con la afirmación de que en todo ello no podía verse una violación de los textos constitucionales. Con este modo de proceder Vergniaud asestaba una puñalada mortal al monarca.

«Es cierto, le hacía decir, que los enemigos que destro-

(1) *Hist. parl.*, XV, págs. 268-285.

(2) *Notice sus Vergniaud écrite vers 1842 par M. François Alluand, son neveu, en Vatel. Vergniaud, manuscrits, lettres et papiers, pour la plupart inédites, classées et annotées, Paris, 1873, I, pág. 1.*

zan la Francia fingien querer únicamente restaurar mi poder que suponen destruido, vengar mi honor que creen ultrajado, restablecer mis derechos de rey que imaginan en peligro ó perdidos por completo; pero yo he demostrado que no soy su cómplice: he obedecido la Constitución, que me ordena oponer un acto formal á sus intrigas, y por esto he puesto un ejército en campaña. Es cierto que este ejército era demasiado débil, pero la Constitución no marca la fuerza que yo debía darle; es cierto que lo reuní demasiado tarde, pero la Constitución no fija plazo; es cierto que las reservas hubieran podido protegerle, pero la Constitución no me obliga á organizar reservas; es cierto que cuando los generales penetraron vencedores (?) en el territorio enemigo hubiera debido ordenarles que permanecieran allí, pero la Constitución no me obliga á buscar la victoria y en cambio me prohíbe hacer conquistas. Es cierto que se ha intentado por medio de licenciamientos de oficiales y de intrigas disolver el ejército y que yo nada he hecho para poner coto á unos y á otras, pero la Constitución nada ha previsto de lo que yo en tal caso hacer debía. Es cierto que los ministros han engañado constantemente á la Asamblea acerca del número, empleo y manutención de las tropas, y que mientras he podido he conservado á aquellos que constituían un obstáculo á la buena marcha del gobierno constitucional, destituyendo en cambio, en cuanto me ha sido posible, á los que atendían á su florecimiento, pero la Constitución deja su nombramiento á mi arbitrio y no me obliga á depositar mi confianza en los patriotas ni á deshacerme de los contrarrevolucionarios. Es cierto que la Asamblea nacional ha tomado acuerdos convenientes y aun necesarios á los cuales he negado yo mi aprobación, pero para ello me asiste el derecho, y este derecho es sagrado porque emana de la Constitución. Por último, es cierto que la contrarrevolución sigue su curso, que el despotismo me devolverá el férreo cetro, que os aniquilaré, que os volveréis á arrastrar por el suelo y que os castigaré por vuestro cínico deseo de ser libres; pero he hecho cuanto me prescribía la Constitución y no he realizado acto alguno que esta prohíba; por consiguiente, no puede ponerse en duda la fidelidad con que he seguido sus preceptos y el celo con que la he defendido.» Todo cuanto en este imaginario discurso de defensa se presentaba como verdadero, no lo era ni objetiva ni subjetivamente; de manera que todo aquel apóstrofe revestía la forma más pérfida de la denuncia que solo se dejaba entrever. El orador, que la utilizaba para justificar la respuesta de la nación: «¡Oh rey! tú ya no eres nada para esta Constitución que tan indignamente has violado, para este pueblo á quien tan vilmente has engañado,» estaba, en punto á nobleza de sentimientos, muy por debajo de los bandidos que en 20 de junio invadieron el palacio con ánimo de asesinar al rey, y que se habían retirado porque no habían podido determinarse á realizar sus propósitos después de haber visto al monarca.

De esta manera sostuvo la Gironda la lucha contra el rey, desencadenando la tempestad, amaestrando las fuerzas y afilando las armas que habían de aniquilarla á ella misma, sobre la tumba de la monarquía.

Esta conducta, cada vez más desleal, no era lógica ni consecuente. Sus discursos y proposiciones solo tenían sentido y razón en el caso de que tendieran á la destitución del rey y á la destrucción de la monarquía; pero de la destitución no se hablaba, como hubiera podido esperarse el día 3 de julio, sino que se amenazaba simplemente al rey para imponerle de nuevo los ministros Roland, Claviere y Servan. En este sentido estaba redactado el memorial dirigido al rey, cuya aprobación propuso Guadet el día 25 de julio, y en el cual se le intimaba por última vez que, formando un minis-

terio conveniente, tendiera la mano á la conciliación (1). En aquella ocasión Brissot rechazó con enérgicas palabras la idea de destrucción de la monarquía: «Si hay algunos que sobre las ruinas de la Constitución quieran fundar la república, la espada de la ley debe caer sobre ellos lo propio que sobre los partidarios activos de las dos Cámaras y los contrarrevolucionarios de Coblenza (2).» «¡Traidor, criminal, nuevo Barnave!» vociferaron con razón los hombres de la izquierda. Los ánimos que la Gironda había excitado no se dejaban dominar por la tribuna, sino que seguían sin freno alguno su camino, sin consultar para nada á «los hombres de Estado,» á los *brissotistas*.

En virtud de la ley que en 11 de julio declaraba «la patria en peligro (3),» quería la Asamblea nacional organizar por sí misma la defensa del país contra austriacos y prusianos, y con motivo de la «Fiesta de la federación» de 14 de julio pensó pasar una revista de los millares de voluntarios que habían sido reclutados en todos los ámbitos de la Francia para «volar á las fronteras y á los campamentos,» como entonces se decía. La fiesta se celebró con gran pompa, pero el fracaso de la revista fué lamentable.

Unos 2,960 federados se habían inscrito hasta el 17 de julio, y de ellos solo 2,032 se encontraron dispuestos á marchar al campamento de Soissons (4). Entre ellos se encontraba ciertamente lo mejor de la Francia. De los oficiales escogidos para estos primeros voluntarios, 46 por lo menos llegaron en tiempo del Imperio á generales de división y algunos á mariscales (5). Basta citar los siguientes nombres entonces desconocidos: Brune, Championnet, Delmas, Desolle, Duhesme, Gouvion Saint-Cyr, Hendelet, Jourdan, Lannes, Maison, Massena, Moreau, Mortier, Oudinot y Sonham.

Poco se había pues logrado para la defensa del país, á pesar del estrépito de armas y de las retumbantes frases, pero esto no debía achacarse á los que mas habían gritado, y que no pensaban sino en los enemigos del interior, en los traidores, en el rey y en los monárquicos, contra todos los cuales la fiesta de la federación había llevado á París grandes masas de perdidos que reforzaron á los piqueros del barrio de San Antonio. Como rezagados del contingente de federados presentáronse á fines de julio en París 516 «marseleses,» cuadrilla también de perdidos, escoria del pueblo de aquel puerto de mar, criminales de oficio, cuya afición al asesinato, al robo y al saqueo calificaron los jacobinos de patriótico deber. Conducidos por dos marseleses que hacía tiempo residían en París, Rebecqui y Barbaroux, lanzáronse sobre los odiados granaderos del batallón de Filles-Saint-Thomas, que en 20 de junio habían salvado la vida á la reina, asesinando á uno de ellos y causando graves heridas á muchos otros (6).

Con el mismo nombre de «federados» que llevaban los voluntarios de la patria se adornaban aquellos que declararon que no irían al campamento mientras hubiera en París trabajo urgente que desempeñar. El club de los jacobinos organizó un «Comité central de federados» y anunció públicamente que así los que habían llegado como los que se encontraban en camino, no debían dejarse dividir, sino formar masas en París y negarse, á pesar de cuantos mandatos se les dieran, á dirigirse al campamento de Soissons (7).

(1) Mortimer-Ternaux, II, pág. 125.

(2) Mortimer-Ternaux, II, págs. 125-126.

(3) *Hist. parl.*, XV, págs. 358-361.

(4) *Memoria de Petion. Hist. parl.*, XV, pág. 458.

(5) Mortimer-Ternaux, II, págs. 111-112.

(6) Mortimer-Ternaux, II, pág. 142.

(7) Mortimer-Ternaux, II, pág. 106.

Junto á este cuerpo tan arbitrariamente formado, había otro de no menos arbitraria creación, á saber: el «Comité central de correspondencia entre las cuarenta y ocho secciones de París,» que celebraba sus reuniones diarias en las Casas consistoriales (8) y que constituyó en un principio un contraconsejo municipal para convertirse después en un verdadero gobierno. Ignórase cómo fueron elegidos estos comisarios, lo propio que el contenido de sus mandatos: según todas las probabilidades, no fueron elegidos por un procedimiento regular sino escogidos por la dirección secreta del club, y aceptaron como poder y mandato todas las órdenes de aquella dirección. Es positivo que la mayoría de las secciones no aprobaron el motín del 10 de agosto y que el consentimiento que se supuso dieron trece de ellas fué una pura invención (9). La obra común de ambos comités revolucionarios fué el 10 de agosto, cuyos pormenores más salientes pueden ser narrados en pocas palabras.

Ya en las primeras horas de aquel funesto día, un asesinato premeditado decidió de la suerte de la moribunda monarquía. En la noche del 9 al 10 de agosto, el Consejo general del departamento de París estuvo en sesión permanente en las Casas consistoriales. A media noche tocaron á rebato muchas campanas, mientras por las calles se tocaba generala y en el arrabal de San Antonio se reunían los adictos de Santerre. Entre una y dos de la madrugada presentáronse en las Casas consistoriales setenta ú ochenta pretendidos comisarios de las secciones y penetraron en el mismo salon donde hacía catorce días que, al lado del Consejo general, venían celebrando sesión y solicitando repetidas veces la destitución del rey, que á la sazón debía llevarse á cabo. De las secciones aliadas presentáronse pelotones de veinticinco piqueros cada uno, con cuya guardia de corps pasó á ser un hecho el mando supremo de la sublevación (10). Lo primero que se hizo fué desarmar al rey, el cual tenía un leal y decidido defensor en Mandat, comandante general de la guardia nacional, que apoyado por los suizos, guardias nacionales y gendarmes, oportunamente reunidos, no hubiera vacilado en entablar una lucha con los piqueros. Presidida por Huguenin, de quien ya hemos hablado, la asamblea de los comisarios de sección exigió del Consejo general, cuyo presidente era el profesor Cousin, que se llamara al comandante general Mandat. La citación se hizo y Mandat compareció. Ante el Consejo general justificó las medidas militares por él adoptadas; pero al retirarse, las secciones se apoderaron de él, le condujeron ante el tribunal del pueblo soberano, declararon caducado su mando supremo y después que se hubo negado á ordenar la retirada de las tropas reunidas en las Tullerías, le entregaron á los piqueros para que lo condujeran á la Abadía. En la escalera que conducía á la plaza de Grève, un pistoletazo le tendió exánime en el suelo.

Esta fué la primera hazaña de los conjurados. La segunda consistió en expulsar al Consejo general de su salon, en el cual celebraba legalmente sus sesiones. En virtud de un supuesto mandato para «salvar el bien público,» penetró Huguenin, acompañado de sus sicarios, en la sala del Consejo general, anunció á este su suspensión provisional en nombre del pueblo soberano, y en pocos momentos los representantes elegidos del departamento fueron expulsados y sus sillas ocupadas por los invasores. La tercera hazaña fué encerrar al alcalde Petion en su hotel, único medio por él mismo propuesto para evitarle una penosa lucha entre sus deberes opuestos: como «patriota,» quería la sublevación; como alcalde, hubiera tenido que combatirla; en su consecuencia,

(8) Mortimer-Ternaux, II, pág. 138.

(9) Mortimer-Ternaux, II, pág. 228.

(10) Mortimer-Ternaux, II, pág. 239.

no quedaba mas recurso á sus amigos que poner delante de la casa de aquel hombre, que acababa de hacer en las Tullerías las mas tranquilizadoras promesas, una «guardia de honor» compuesta de seiscientos hombres para proteger su preciosa vida contra todo peligro. El mismo dijo posteriormente: «Yo deseaba la sublevacion, pero temblaba ante la idea de que podia fracasar: mi situacion era crítica, pues tenia que cumplir mi deber de ciudadano sin faltar á mi deber de funcionario. Debía salvar las apariencias y no apar-

tarme de las formas. Tratábase de una lucha á muerte entre la corte y la libertad, y una de estas dos habia necesariamente de sucumbir. A pesar de que se habia proyectado encerrarme en mi casa, se olvidaron y vacilaron en hacerlo así. ¿Quién creéis que instó repetidas veces para que así se hiciera? Pues fui yo, sí, yo (1).»

Para que el plan tuviera un éxito completo solo faltaba una cosa, y era que el rey se resolviera á abandonar sin lucha alguna las Tullerías y ponerse, con su familia, bajo la pro-



La familia real se refugia en la Asamblea

teccion de la Asamblea nacional. Esto, que era necesario, lo consiguió Roederer. La familia real, poseida del mas fundado miedo, habia pasado una noche terrible. «A las cuatro, dice la señora Campan (2), salió la reina del cuarto del rey y dijo á sus camaristas:—Ya nada espero; Mandat ha sido asesinado y su cabeza es paseada por las calles.» A instancias de algunos realistas, decidióse el rey á bajar hasta donde se encontraba la guardia nacional y á inspeccionar sus puestos: en unos encontró buena acogida, en otros muy dudosa. Los artilleros le saludaron gritando: «¡Vivan los descomisados (*sans culottes*)! ¡abajo el veto!» algunos abandonaron sus puestos y con los puños cerrados le amenazaron lle-

nándole de injurias (3). Una palidez cadavérica cubria el semblante del rey cuando volvió á reunirse con los suyos. La reina dijo á la señora Campan: «Todo está perdido; el rey no ha mostrado energía: esas tropas han sido mas perjudiciales que útiles.»

Llegaron las ocho de la mañana; los primeros pelotones de sublevados comenzaron á invadir con amenazadores gritos la plaza del Carrousel, mientras los batallones que se presentaron en el jardin de las Tullerías observaban una actitud dudosa algunos y abiertamente hostil los demás. Roederer (4) dijo al rey: «V. M. no tiene cinco minutos que perder: solo la Asamblea puede ofrecerle seguro asilo. El

(1) *Pièces intéressantes pour l'histoire, 1793*, en Mortimer-Ternaux, tomo II, pág. 223.

(2) *Mémoires*, II, pág. 243.

(3) Mad. Campan: *Mémoires*, II, pág. 243.

(4) *Chronique de cinquante jours*, pág. 84.

parecer del departamento es que inmediatamente V. M. se dirija á ella. En los patios no hay fuerzas suficientes para defender el palacio y su espíritu no es tampoco muy favorable. Los artilleros, únicos á quienes hemos encargado que hicieran resistencia, han descargado los cañones.—Pero, dijo el rey, en el Carrousel he visto poca gente.—Señor, hay allí doce cañones y de los arrabales viene una multitud inmensa.—Sin embargo, repuso la reina, tenemos todavía fuerzas para luchar.—Señora, se le contestó, Paris entero se apro-

xima; y Roederer añadió con gran viveza:—Señor, el tiempo apremia: ya no expresamos un deseo ni damos consejo alguno: en este momento no cabe mas que tomar una resolucion; por esto os pedimos permiso para conducirlos.» Entonces el rey levantó la cabeza, fijó en Roederer durante dos segundos una mirada penetrante, volvióse luego hácia la reina y levantándose dijo: «¡Vamos!»

Con gran peligro para sus vidas llegaron la familia real y su séquito al salon del Picadero; el rey tomó asiento junto



## EXTRAIT DU PROCÈS-VERBAL DE L'ASSEMBLÉE NATIONALE.

Du 10 août 1792.

L'AN QUATRIÈME DE LA LIBERTÉ.

*Le roi est suspendu, il reste en otage, l'Assemblée nommera les ministres. Leointe Puyraveau*

Facsimile del decreto de la Asamblea nacional de 10 de agosto de 1792. Escrito y firmado por Leointe Puyraveau, secretario de la Cámara.  
*Le roi est suspendu, il reste en otage. L'Assemblée nommera les ministres*

al presidente y dijo á la Asamblea: «He venido para impedir un gran crimen; creo que en ninguna parte podré estar mas seguro que entre vosotros.» Por acuerdo de la Asamblea, se le señaló como puesto provisional la tribuna de los redactores del periódico *Logógrafo* (1), desde cuyo estrecho recinto, parecido á una jaula, oyó con su esposa, hijos y leales servidores cómo se tomaba en consideracion la proposicion del presidente Vergniaud en virtud de la cual no se destituia, como deseaban los sublevados, sino que se suspendia al jefe del poder ejecutivo y se invitaba al pueblo á que formara una «Convencion nacional.»

(1) Así se denominaba el periódico, cuyo verdadero título era: *Diario logográfico*, ó *El Logotachygrafo*. Mortimer-Ternaux, II, pág. 304.

La última órden del monarca dispuso la evacuacion de las Tullerías y entregó á los fieles suizos á la cuchilla de los bandidos.

Cuando el rey habia ya abandonado con su familia el palacio y no tenia por consiguiente objeto ninguno la lucha, se presentó, conducida por el alsaciano Westermann, la vanguardia del contingente de los arrabales, y abriendo las puertas penetró en los patios y desde estos en el vestíbulo del mismo palacio. En lo alto de la escalera principal se encontraban los suizos, en número de setecientos cincuenta, que no querian derramar sangre inútilmente pero que estaban al propio tiempo decididos á no abandonar sus puestos ni á entregar las armas sin mandato de su jefe. Así se lo manifestaron á Westermann cuando este quiso hablarles de deser-